

ANGEL J. BATTISTESSA: *El prosista en su prosa*. (Buenos Aires) Nova. (1969). 266 p. 20 x 14 cm.

A lo largo de una *Advertencia*, no prólogo, de catorce capítulos y una postdata, Angel J. Battistessa nos conduce —y en muchos casos nos hace penetrar a fondo— al mundo de un puñado de prosistas, a los cuales ha querido tomar inmersos en *su prosa*.

Por encima de saberes —ya Battistessa nos tiene muy acostumbrados a ello—; sin ningún alarde de erudición —pese a enfoques absolutamente nuevos y tomados a partir de las fuentes directas— al cerrar este libro nos queda como impresión básica y fundamental, lo que respiramos a través de todas las páginas: el cariño —y, en él, el profundo respeto— que Battistessa siente y pone de manifiesto por los autores que, en el enfoque de la crítica, se convierten en sus criaturas. Por eso, tal vez, *El prosista en su prosa*, con toda su seriedad y envergadura, es un libro

muy grato y, en muchos momentos, compartimos la emoción del crítico que, como gran escritor que es también, se convierte en *revelador de mundos*.

*Ex fructus arbor cognoscitur*, señalan los Evangelios y hace suyas las palabras Battistessa cuando expresa que *sólo es artista aquél que embebe el alma en sus realizaciones; el que sabe salir de sí mismo, "ex-presarse", para muy luego, si le es dado, quedar "im-preso" en tales realizaciones*. Y así, a través de catorce capítulos, él nos conducirá y orientará para sorprender en los textos las maneras del alma de un autor o de una época, *consciente o inconscientemente acertados en cada frase*.

En una postura netamente nominalista y que, en mucho nos recuerda a Croce, arranca su primer capítulo —*Presencia humana de los textos literarios y no literarios*— en el que destaca la imposibilidad de una separación neta y precisa de los géneros literarios. De no ser así, difícil le sería a la literatura la expresión de la primordial unidad del espíritu humano y de las distintas obras de arte. Es que, en definitiva, la obra literaria constituye un modo de conocimiento intuitivo y no lógico, en el que la intuición estética le convierte en un modo de visión. De ahí también su rechazo a la tradicional división de fondo y forma y la convicción de que el lirismo es lo que urge buscar en toda obra literaria. Así, con *un lenguaje potenciado y ricamente expresivo*, la literatura *es un modo de ver el mundo y de irradiarlo luego según la propia captación interior, lírica, pero objetivada en palabras*...

No podemos —mejor, no queremos— dejar pasar por alto un detalle de las muy valiosas que hay en sus consideraciones a la crítica. Y queremos destacarlo con la aún no perdida esperanza de que aquéllos para quienes es más fácil *crear a partir de...* antes que respetar lo hecho —y que se dicen críticos— lo tengan, por fin, alguna vez presente: *la obra de arte es lo que es y no lo que el crítico quiere que sea o que no sea*.

Hablamos antes de cariño —y en él, respeto— de Battistessa por sus autores y sus épocas. Con qué serena alegría, a menudo deleite, que en el fondo tiene mucho de emoción, hemos leído las páginas de *Doble visión de un siglo, Una época y su trayectoria estilística, Proposiciones para el estudio del Figaro, Vocación y paisaje, Simpatía e influencias, Dos centenarios, El escritor frente a sí mismo*, entre otros no menos valiosos capítulos pero quizás más cercanos a nosotros. Su proximidad nos los hace más familiares, como el relativo al Gral. San Martín y los referidos a Ricardo Güiraldes.

En los dos primeros capítulos citados hay una sólida, pero muy bien fundamentada, revalorización del siglo XVIII español y sus autores, el que, durante tantos años, fue juzgado a la sola luz de los estudios de Menéndez y Pelayo. Y acá está también presente el respeto, al invalidar algunas posturas de D. Marcelino que vio en el siglo de Voltaire algo parecido a un símbolo de potencias infernales. En ese siglo, *de abominación y de escándalo, frívolo, incrédulo y sensualista*, Battistessa, remontándose a auténticos antecedentes y causales (declinación de la pro-

sa a fines del siglo XVI y principios del XVII) demuestra cómo —ante todo— fue un siglo de *áspera sinceridad* y en esa áspera sinceridad, una *etapa lastimosa y aleccionante* en la que fue preciso empezarlo casi todo. En esa búsqueda y en ese empezar, encuentran su razón de ser la obra de un Feijoo y de un Jovellanos y el predominio del ensayo como una de las preocupaciones más atendibles.

La decadencia de la prosa ya data de antes: del olvido de los clásicos y de los aportes idiomáticos populares. Y por eso, junto a Feijoo y Jovellanos adquiere su real dimensión un Forner, en su *persistente voluntad de estilo*. Siglo de dificultades, de transubstanciación de influencias, de ensayo y de tentativa: es que, en serena reflexión, *la madurez nunca se logra sin un cierto margen de contraste vital o de íntimo desencanto*.

Pensamos —¿por qué negarlo si no somos expertos en literatura española?— que por primera vez se nos ha ofrecido una visión de la figura de Mariano José de Larra como la que nos brinda —para nuestra alegría en un nuevo encuentro— Battistessa. Sencillamente, porque cumple en forma cabal con su misión de crítico: permitarnos penetrar más allá, ofrecer nuevos enfoques, calar más a fondo situaciones de hombres y de obras que antes pasaron por nuestras manos. En una palabra, descubrimiento, *triunfo de la evidencia*. A partir de ahí, una mayor comprensión y, en ella, *un comprender para amar*.

De ese modo, sorprendemos en el texto *las maneras del alma del autor*, de ese autor en quien la angustia está en íntima conexión con otras angustias españolas: la de Quevedo, la de Gracián, las de Feijoo, Cadalso o Jovellanos y que luego se harán unánimes con la generación del 98.

*Escribir en España es llorar, es buscar una voz sin encontrarla, como una pesadilla abrumadora y violenta*. Muy consciente de su época —y con una vida nada fácil— Larra se yergue con un doloroso postulado: el de una vida —Battistessa no lo pierde de vista— en el que *el casi* es el signo admonitor: *No vi nada, sino el gran casi por todas partes*.

En una no buscada —racionalmente— postura romántica, queda, sin embargo, como el ejemplo de la eterna búsqueda, y, en ella, el eterno sinsabor, el constante no haber logrado. Esto no es nuevo. Pero pocos, como Battistessa, van mostrando, palmo a palmo, una vida que, de algún modo, está siempre presente en su obra.

Por eso consigue —y ahí crítico consolidado— que el tomo de Larra ya no sea simplemente eso; es mucho más, inmensamente más: es toda una vida que late en una prosa. Y por eso, a partir de ahora, nos será muy difícil acercarnos sólo eruditamente a un texto de Larra. Está, sí, el texto, pero ahí está también —siempre dolorosamente presente— el hombre de las posibilidades que no se cumplieron, el hombre del fracaso inesperado *en medio de las circunstancias aparentemente favorables*.

Esta sucesión de prosa, no es más que el producto de una sucesión de hombres: el estilo conciso, apretado, limpio de adornos, al final, dignamente castrense del

Gral. San Martín, para quien *lo general de los hombres juzga de lo pasado según la verdadera justicia y de lo presente según sus intereses*; o bien, *si no soy dueño de olvidar las injurias, a lo menos sé perdonarlas*.

Con Pierre Loti y su *vocación de Ulises*, andaremos en un mundo de nostalgias, de melancolía y de tedio, al lado de un hombre que no hizo sino *bostezar su vida*. Pero, lejos de la comodidad o de la abulia, comprobamos la profunda desazón metafísica de Loti, quien confesaba en 1890: *He paseado mi alma inestable a través de un mundo fluente*.

Ya lo dijimos antes: el crítico sensato y cargado de comprensión está presente en cada página de este libro. Y ha obtenido aquello que es fundamental: decir muchas cosas que observamos, las sentimos, las palpamos; muchas cosas que nos dolieron o nos hicieron felices; pero que, nuestra pobre expresión, nos impidió plasmarlas en palabra escrita. Eran muy nuestras; tan tristemente nuestras que no sabíamos decir las sino a nosotros mismos. En sus consideraciones acerca de la literatura en general —a través de todas sus páginas— nos sentimos profundamente reconfortados al encontrar impreso —y magníficamente dicho— aquello que no sabíamos decir pero que, de alguna manera, nos ocupaba.

Pensamos que algunas veces a Battistessa puede haberle ocurrido lo mismo. Por eso expresa con tanta generosidad y emoción esa especie de *paternidad común* que sentimos frente a un autor o su obra. Y por eso también, con toda honestidad y valentía, reconoce qué difícil es prescindir de la tradición, a medida que el tiempo pasa. Y cómo todos —si lo hacemos con respeto— vamos participando en el eterno descubrimiento de un patrimonio común, al cual cada uno, en su tiempo y su momento, le va dando un tono personal, sin trastocar lo que recibió. Es que la literatura, es eso, tarea de eterno descubrimiento. Y, en buena hora, cuando el crítico nos ilumina y nos abre caminos. En buena hora, porque nos enriquece al sentir que las obras son más nuestras y al revelar mundos que antes sólo soslayamos.

Hoy es el hombre en la prosa; ayer, fue en su poema; antes, tantos trabajos sobre distintos autores —cómo olvidar el Racine, que con el recuerdo de sus comentarios se agiganta en la emoción de lo definitivo.

*Cuando se tiene la epidermis y el corazón hospitalarios a la larga todo termina siendo nuestro*. Battistessa nos indica el camino: su libro es, sencillamente, nuestro.